

Crisis y economía moral en Roubaix¹

Crisis and moral economy in Roubaix

Colectivo Rosa Bonheur

Profesores de Sociología en la Universidad de Ciencias y Tecnologías de Lille

Miembros del Laboratorio CLERSE –CNRS

RESUMEN

Este artículo trata de aportar alguna reflexión a la idea de “respuesta social a la crisis”, a partir del concepto de “economía moral” desarrollado por Thompson, Scott y algunos otros autores. Para ello nos apoyamos sobre una investigación etnográfica en curso en Roubaix, antiguo bastión de la industria textil francesa situado en el eje Lille-Roubaix-Tourcoing. En las últimas décadas, la desindustrialización, la privatización de las formas de gestión social del riesgo, las lógicas securitarias... han construido una territorialidad de relegación que a su vez viene produciendo lo popular. En estos contextos, las clases populares de Roubaix deben construir estrategias de subsistencia, en una lucha cotidiana por una recualificación material y simbólica. Si las economías morales se han desgajado de la economía política neoliberal, éstas son hoy el terreno abonado donde tienen lugar, a escala territorial, los procesos de descomposición y de recomposición subjetiva de las clases populares de relegación.

PALABRAS CLAVES: relegación, resistencia, clases populares, división sexual y racial del trabajo, etnografía.

ABSTRACT

The concept of « moral economy », developed by Thompson, Scott and others, appears to be very helpful when focusing on « social answers to the crisis ». Based on an ongoing collective ethnographic investigation in Roubaix, a former

¹ Agradecemos a la Revista y a Pía Ríos, compañera vinculada a la investigación a partir de su trabajo sobre el movimiento de desocupados en los barrios de la ciudad de La Plata en Argentina, la lectura y los comentarios sobre las distintas versiones de este documento.

textile-industry city in the North of France, this article examines the articulation of this sociological concept, and the current socio-economical context in this type of de-industrialized, relegated areas. These lower class territories determine lower classes' everyday life, but lower classes reciprocally contribute in shaping these territories. Lower classes have to build strategies to survive, in a daily fight for material and symbolic re-qualification. Moral economies, built in the context of neo-liberal political economy, despite it and/or against it, have become the field of subjective composition and re-composition of lower classes.

KEY WORDS: relegation, resistance, lower classes, sexual and racial division of work, ethnography.

INTRODUCCIÓN

Un congreso de sociólogos al que tuvimos la oportunidad de asistir hace unos meses, en Madrid, en julio del 2013, nos invitaba a reflexionar sobre la cuestión de las posibles respuestas sociales a la crisis. Y es curioso que ahí donde la sociología francesa organizaba su propio congreso bianual, en septiembre del mismo año, en torno a la cuestión clásica de “Les Dominations”, la sociología española nos estimulaba a interrogar a las personas que viven de su trabajo, y entre éstas también deberíamos incluir a aquellas que ya no viven de su empleo, como sujetos activos, y por qué no, contestatarios, frente a las políticas de recortes y de ajuste estructural emprendidas desde hace algunos años, en particular en los países de la cuenca del Mediterráneo. Esta invitación nos pareció y nos parece tanto más importante que generalmente, en la sociología francesa, las poblaciones afectadas por la pobreza y la desalarización han sido analizadas en términos de desafiliación social (Castel, 1995; De Gaulejac y Taboada 1994; Paugam, 1991). Este tipo de producción científica ha contribuido a reforzar una visión hoy relativamente clásica del paro y de la precariedad donde la “pérdida de estatus social” (Ledrut, 1966), el sentimiento de humillación (Schnapper, 1981) y el aislamiento (Kauffamn, 1995) se conjugan con una forma de apatía (Galland, 1981). Las personas al margen de la sociedad salarial dispondrían así de pocas capacidades de acción, de inscripción en redes de intercambio o de participación en dinámicas colectivas (Charbonnel et al, 1993). Otros estudios subrayan, en esta misma línea, un deterioro de los viejos valores sindicales y políticos colectivos en los territorios afectados por la desindustrialización (Bacqué y Sintomer, 2001). Por último, esta mirada se conjuga con análisis que tienden a moralizar los comportamientos de algunas categorías populares construidas o intervenidas desde los poderes públicos, ya

sean éstas el parado (Rouleau Berger, 2013) o la familia, comprendida como institución donde aún se pueden operar algunas formas de control social (Donzelot, 2005). La familia viene así siendo estudiada en la sociología francesa bajo el ángulo de la delincuencia y de los comportamientos de riesgo de los jóvenes, en vínculo con el fracaso escolar (Dubet, 1987; Le Pape, 2009; Muchielli, 2001).

No es ésta la perspectiva que hemos adoptado en nuestra investigación por una serie de razones que detallaremos más adelante. Pero tampoco nos encontramos plenamente cómodos con el título escogido por los colegas españoles (“crisis y cambio”), porque nos parece que las clases populares, al menos esas clases populares con las que estamos realizando nuestra investigación en una vieja ciudad textil francesa fronteriza con Bélgica, no padecen una situación de crisis, sino una relegación estructural duradera, al vivir en un territorio que desde los procesos de reestructuración del capital hace ya cuarenta años ha devenido periférico o marginal dentro de los circuitos de acumulación y de distribución del capital globalizado. Obviamente, no se conduce del mismo modo una investigación usando las gramáticas de la crisis y explorando sus efectos más o menos coyunturales sobre las poblaciones, que reflexionando desde la posición que estos sujetos o estas poblaciones ocupan en las cadenas de valorización del capital en la nueva división internacional del trabajo. Nuestra hipótesis es que es la impronta -sobre el devenir colectivo de las clases populares- de los determinantes que construyen la relegación de este territorio, la que genera en reacción una reapropiación del territorio para otros usos sociales y económicos. Dicho de otro modo, consideramos que es la marginalización económica y social de Roubaix la que empuja a un aprendizaje de otras formas de organización popular en el territorio, de otras formas también económicas (en su sentido original de organización del hogar y hacia afuera, de construcción de redes de producción y de intercambio, donde cada parte está conectada entre sí y donde cada miembro reconoce sus deberes y obligaciones), al margen, al menos parcialmente, de la sociedad salarial. Por decirlo con un lenguaje que reconocerá el sociólogo del trabajo, nuestra perspectiva etnográfica -que consiste en una inmersión en la ciudad durante varios meses al año, desde 2011, a la manera del equipo de Lazarsfeld en Marienthal (1931)- nos ha conducido a prestar atención al conjunto de prácticas de movilización de recursos materiales y simbólicos para la producción y la reproducción de vida social (Marx, 1971; Willis, 2011). En nuestra perspectiva, dichas prácticas, y sus disposiciones, corresponden a un trabajo de organización de la vida cotidiana que buscamos visualizar y caracterizar. Y como tales, las comprendemos como prácticas de trabajo,

analizado de manera clásica a partir de sus constreñimientos, de sus condiciones, de sus jerarquizaciones, de sus formas de inscripción espacio-temporales y, por supuesto, a partir de la identificación de las relaciones económicas y sociales de poder que lo estructuran. Observar las prácticas que estructuran lo cotidiano como prácticas de trabajo (llevando a sus últimas consecuencias el proyecto de pensar el trabajo en los territorios), participa de este modo de la construcción de otra mirada sobre las poblaciones sin empleo, precarizadas o en el paro, cuyas actividades no son reconocidas, ni cualificadas, y cuyos estatus son estigmatizados.

De una manera general, nuestra investigación busca dar cuenta de las transformaciones de las clases populares, a partir de un análisis territorializado y “de *plain-pied*” de las prácticas ordinarias (Fournier et al, 2008). La problematización se ha venido construyendo a partir de dos niveles de cuestionamiento entrecruzados: el paso de una territorialidad obrera a otra de tipo popular; y el desvelamiento de las tensiones entre (lucha por la) autonomía y dependencias (más o menos consentidas) experimentadas por las clases populares.

El interés por las prácticas cotidianas no prejuzga, al contrario, de su carácter organizado, estructurado, consciente. De este punto de vista, nuestra investigación se inscribe en la prolongación del trabajo impulsado por Thompson (1963), quien para estudiar la formación de la clase obrera inglesa se interesó por las vivencias, las experiencias cotidianas compartidas en el tiempo, las acciones comunitarias. Es de este modo que nos hemos venido interesando por el concepto de “economía moral”, en torno al cual –y a sus usos y aplicaciones en nuestra investigación– girará este artículo.

Se comprenderá pues que nuestra intención es tratar de demostrar que es posible pensar las respuestas sociales a la “crisis”, no sólo desde su dimensión de espectacularidad, de revuelta, sino también desde lo cotidiano, desde el modo cómo el cambio de paradigma económico viene transformando, en un territorio de relegación, los sentidos de las prácticas cotidianas a partir de lógicas de reciprocidad y de asociación, viene reconectando distintas esferas sociales antes más o menos impermeables, viene no sólo desagregando sino también rearticulando grupos en torno a otros procesos de valorización por fuera de los circuitos formales de la economía política. Para ello nos apoyaremos en una investigación en curso en la ciudad de Roubaix, antiguo bastión de la industria textil francesa.

SOBRE EL CONCEPTO DE ECONOMÍA MORAL

El concepto de economía moral fue inicialmente desarrollado por E. P. Thompson para caracterizar la génesis de las revueltas del hambre en la Inglaterra del XVII, con esta definición: “*una visión tradicional de las normas y de las obligaciones sociales, de las funciones económicas apropiadas ocupadas por las diversas partes de la comunidad –lo que tomado conjuntamente constituye la economía moral de los pobres*” (Thompson, 1963). Sintetizando al extremo la controvertida propuesta principal del autor inglés, no son las carencias materiales las que generan las revueltas, sino la propia experiencia de la explotación. Thompson nos descubre en su texto los fundamentos de un proceso de subjetivación paulatino en la vivencia de las transformaciones de las relaciones de producción desde el punto de vista de los agentes: la separación del dueño del hombre; la evidencia de la explotación como fuente de riqueza; la pérdida de estatus y de autonomía del trabajador, y sobre todo la dependencia de las nuevas herramientas; la ruptura de la economía familiar; etc. Frente a la irrupción violenta de un *laissez-faire* devastador, frente a la dura ley del mercado que transforma en valor de cambio todo lo que toca, Thompson desvela la existencia de todo un tejido social, moral, que recuerda que otras formas del intercambio son posibles. Y si los obreros o los campesinos de esa Inglaterra del XVII y del XVIII se rebelan contra los propietarios, no es solamente porque los recursos devienen raros, sino que lo hacen en el nombre de una serie de normas, derechos y obligaciones que no han sido respetados. El concepto de Thompson nos ayuda a pensar el proceso de subjetivación de clase en un contexto histórico, el de la sustitución de un modelo económico inscrito en la actividad social, por un modelo económico autonomizado a través del mercado. Y es porque los obreros y campesinos pensaban defender derechos y usos tradicionales que sus revueltas adquirirían una legitimidad ampliamente compartida por la comunidad. Era este sentido compartido lo que construía colectivo de pertenencia.

Thompson nos interpela y nos dice: “no hay determinismo económico en las revueltas”... Y a partir de aquí nos invita a pensar el complejo y delicado tejido de normas y de reciprocidades sociales que regulan la vida del campesino y del obrero. En esta línea de trabajo se inserta Scott, aunque para él es menos la espectacularidad de la revuelta que la cotidianidad de la resistencia, menos la política de la acción popular, de la movilización, que la economía de la opresión, las que dan sustento al concepto (Fassin, 2009; Siméant, 2010). Scott deviene así un autor clave para comprender cómo los límites de las relaciones de poder son siempre testeados por los dominados sin ser jamás, o rara vez, superados; cómo lo que se hace (o no) depende en primer lugar de lo que es tolerable (o no lo es). Al

poner el acento en esta dimensión evaluativa, Scott nos descubre una ética de la subsistencia donde las relaciones entre los distintos actores en lucha están sin embargo permeadas por una suerte de contexto moral que define una serie de expectativas y de preferencias de las relaciones entre los dominantes y los dominados. Y suele ser el incumplimiento de dichas preferencias éticas inscritas en el código tácito, por ejemplo la iniquidad del poder en su ejercicio autista, el que puede dar lugar a las revueltas si las condiciones se prestan. En el análisis de Scott, la mirada se desplaza así del análisis de las normas sociales y morales a los procesos de valoración de los sujetos.

Por último, el concepto está teniendo un cierto recorrido en la sociología y sobre todo en la antropología moral francesa contemporánea. Fassin propone por ejemplo una síntesis y una nueva conceptualización (2009). Si su propuesta tiene el mérito de adelantar la idea de “economía moral” de las clases dominantes, consideramos, sin embargo, que el concepto no tiene gran utilidad si lo que se busca definir es una economía moral específica sin inscribirla en la materialidad de las relaciones de opresión y de explotación que atraviesan lo social. Sin esta dimensión, es fácil caer en una concepción burguesa y condescendiente de los pobres, según la cual estos *también* tendrían códigos morales y normas y valores (la subcultura de los jóvenes frente a la subcultura de la policía, o de tal institución otra del poder, etc.). Si se autonomiza el concepto de su dimensión económica, este se vuelve culturalista, y por tanto inocuo (Siméant, 2010; Neocosmos, 2012).

PLAN DEL ARTÍCULO

De la aproximación de Thompson retenemos como Fassin (2009) una definición del concepto de “economía moral” a partir de dos vertientes: una, económica, en tanto que sistema de intercambio de bienes y prestaciones en un contexto histórico determinado; otra, moral, como sistema de normas y obligaciones. De la conceptualización de Scott, el modo en que nos hace pensar la economía moral de las clases populares de una manera dinámica, dentro de las relaciones de poder que definen los contextos económicos, culturales e institucionales. De Fassin, el modo cómo el autor francés integra la idea de “disputa moral” en su análisis de las relaciones de dominación que definen entonces, también, unos contextos morales que encuadran los procesos de subjetivación y las negociaciones entre los actores sociales en torno a las normas que regulan la vida social.

A partir de aquí, proponemos una comunicación en dos tiempos. En un primer momento trataremos de caracterizar el modo en que los poderes económico e institucional han construido en Roubaix, en los últimos cuarenta años, una territorialidad que determina lo popular, tanto desde el punto de vista material como desde el punto de vista de los contextos morales que lo contienen. En un segundo tiempo trataremos de mostrar cómo, en reacción a dichos procesos, las clases populares se apoyan estratégicamente en los territorios para construir recursos materiales y simbólicos de subsistencia en espacios y redes que conectan distintas esferas y que se autonomizan parcialmente de los circuitos de la economía política.

Cabe sin embargo señalar que no entendemos estos espacios de la economía moral de las clases populares como un todo coherente ni homogéneo, al menos por dos razones. Si el concepto es útil para pensar la organicidad de las clases populares en su relación con las clases dominantes, el grupo de los dominados está también atravesado por otros sistemas sociales (de sexo, de generación y de “raza”) que determinan dinámicas de fragmentación y de jerarquización que construyen lo popular desde dentro y que es preciso caracterizar, en particular una profundización de la división sexual y racial del trabajo. Al mismo tiempo, y este punto nos parece de suma importancia, los principios de justificación de las prácticas que componen lo que hemos denominado “economía moral” de las clases populares tampoco son nunca lineales ni homogéneos, sino plurales, y es precisamente la negociación cotidiana, dentro de lo popular, de lo que es legítimo o no lo es, de lo que es justo o injusto, de lo que es bello o carece de tal propiedad, lo que nos parece preciso analizar para tratar de comprender las dinámicas de descomposición-recomposición de clase, en la lucha cotidiana de las clases populares para producir una posibilidad de subsistencia.

No se trata de disfrazar las condiciones objetivas de vida de las poblaciones en Roubaix, sumamente precarizada, con bellos epítetos. Tampoco, por supuesto, de negar el peso de los determinantes culturales e ideológicos, morales hemos dicho, en la orientación de las prácticas de cada uno de los actores y de todos ellos como sujeto colectivo posible. El espacio de la economía moral, en Roubaix, es un espacio de confinamiento, de marginación social, cultural y económica, pero también un espacio donde una cierta conciencia de la subalternidad se redespiega, poniendo en juego dimensiones morales y éticas más o menos heredadas de una antigua condición obrera, más o menos impuestas y determinadas, más o menos innovadoras (Williams, 2009).

Por tanto, en nuestra conceptualización, el espacio de la “economía moral” no es necesariamente un espacio de emancipación de las clases populares, aunque algunas prácticas contengan propiedades de un horizonte de emancipación. Sobre esto volveremos en adelante.

I. SOBRE CÓMO LAS ECONOMÍAS MORALES SE HAN DESGAJADO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA NEOLIBERAL

En la conceptualización de Thompson y de Scott, la economía moral es una economía previa a la conformación del mercado, es una economía de las poblaciones que se encuentran confrontadas a la presión de la economía liberal, que deviene a su vez progresivamente hegemónica. Se podría considerar que, durante la época fordista-keynesiana, asistimos a una época dorada de las economías morales organizadas e institucionalizadas por las relaciones industriales. Más tarde, en este punto del desarrollo de las fuerzas productivas nos encontramos hoy en Roubaix, la desindustrialización ha conducido a una exclusión del mercado –de trabajo y de bienes de consumo– a una parte importante de la población de dichos territorios no sólo pobres sino también estigmatizados. Estas poblaciones deben producir, en los intersticios del mercado, una posibilidad de subsistencia. Estas posibilidades de subsistencia hunden sus raíces en principios de justificación de las prácticas de organización y de acceso y distribución de recursos que no son solamente, ni fundamentalmente, instrumentales. Aparece así un espacio donde lo social está parcialmente autonomizado de lo mercantil, y entra en disputa con él.

I.1 CUANDO LA « CRISIS » DURA...

Nuestra reflexión en torno a la economía moral resulta de un contexto específico que no puede describirse desde la noción de crisis sino de un modo algo más complejo. Desde el final de los setenta, el modelo de desarrollo económico neoliberal ha contribuido al cuestionamiento del capitalismo industrial fundado en una economía de la producción, y contribuyendo así al vaciado de la sociedad salarial (Alonso, 2007; Boltanski y Chiapello, 1999; Castel, 1995). Las formas de desregulación económica y financiera que han acompañado estos procesos se han cebado particularmente con las poblaciones de las antiguas grandes ciudades industriales en Europa y América del Norte.

La precarización del empleo, el paro estructural de masas han participado de la degradación de las condiciones de existencia y de trabajo de una parte cada vez mayor de una población en situación de inseguridad social permanente (Castel, 1995). Este proceso de empobrecimiento se ha acentuado desde la crisis social y económica de 2007 la cual, por su amplitud insólita, está afectando los fundamentos mismos de los modos de integración del empleo, el trabajo, la educación y la familia. Sin embargo, en estos territorios desindustrializados, en particular en aquellos que no pudieron revalorizarse en la nueva división internacional del trabajo, las clases populares no enfrentan una situación de “crisis” de la que se puede salir a través de las políticas milagro que se vienen aplicando en estos espacios (políticas sociales coercitivas y de beneficencia, reordenamiento urbano y territorial, más mercado...). Las clases populares hacen frente más bien a un estado estructural de relegación que se perpetúa desde hace cuarenta años.

Esta constatación es particularmente pertinente en el caso de Roubaix. Antigua ciudad textil, Roubaix se caracterizó, desde su periodo de industrialización a marchas forzadas (1830-1840), por atraer a una fuerte proporción de obreros y obreras poco cualificados destinados a trabajar en las partes más duras del proceso de producción textil (peinado y cardado de la lana esencialmente). Estos obreros fueron llegando en distintas oleadas de migración masivas, primero desde Bélgica, a lo largo del siglo XIX, luego del sur de Europa y de Polonia, fundamentalmente, y a partir de los cincuenta, de la cuenca sur del Mediterráneo. A partir de los setenta, la restructuración del capital a nivel internacional y los procesos de deslocalización de la industria del textil hacia los países del sur fueron relegando la zona del Norte de Francia, y Roubaix particularmente, a un proceso de empobrecimiento y de desalarización pertinaz: la tasa de paro es estructuralmente elevada (28,6% en 2008), que junto con la debilidad del ingreso mediano (786 € por habitante sin prestaciones sociales, en 2009), hacen de Roubaix la ciudad más pobre y más desigual de Francia (el índice de Gini de los ingresos es en 2009 de 0,476). Si el crecimiento demográfico fue exponencial hasta inicios del siglo XX, y luego se mantuvo a lo largo del siglo XX, la ciudad conoce un declive constante desde 1968 (114 547 habitantes en 1968 frente a 5 028 en 2009). Algunos trabajos (Miot, 2012) muestran que muchos de aquellos que aún conservan un empleo han decidido abandonar Roubaix para no caer en una suerte de desclasamiento social, como una estrategia de ascensión social que pasa por el acceso a otra vivienda, en alquiler o en propiedad, en un territorio con un prestigio social asociado más elevado.

Por otra parte, el 50% de la población tiene menos de 30 años y el 71% de la población no escolarizada mayor de 15 años no tiene ningún tipo de diploma o éste es inferior al bachillerato.

Todo en Roubaix tiene la marca de su pasado industrial. Los cuerpos de los antiguos obreros y obreras tienen las manos deformadas, la vista destruida, los pulmones obstruidos... y el de las generaciones actuales está modelado por la ausencia de perspectivas². Al estigma antiguo de haber sido obrero y obrera descualificado originario de los países del sur se suman hoy nuevos estigmas sociales (la culpabilización de los parados, el retorno a las gramáticas decimonónicas de las nuevas-vejas clases peligrosas...) y de pertenencia étnica, cultural y religiosa (Roubaix aparece a menudo en los medios de comunicación como bastión del integrismo islámico y de las bandas de “pequeños salvajes” desintegrados. Por no hablar del velo islámico, que viene imponiéndose como tema de actualidad en Roubaix y en Francia³). Y por supuesto, la ciudad también conserva la marca del pasado, con sus numerosos eriales industriales y las zonas de residencia públicas o privadas degradadas, de tal suerte que el 80% del territorio está clasificado como zona de urbanización sensible (ZUS). Todas las políticas públicas de la metrópolis de Lille y de la municipalidad de Roubaix en particular, se destinan a tratar de reconectar este territorio a los circuitos económicos del capital a partir de políticas destinadas a atraer a las clases medias: a través de la valorización del patrimonio inmobiliario industrial, a través de la puesta en marcha de una serie de políticas culturales que buscan valorizar una cierta visión tecnicista, blanca y conciliadora de la memoria fabril, y a través del

² La región Nord-Pas de Calais es la primera de Francia en consumo de alcohol, tabaco, café y otras sustancias que generan dependencias.

³ Sin entrar en el debate, el cuerpo de la mujer magrebí es hoy el lugar donde se da una disputa entre el patriarcado blanco y el patriarcado racializado. Las mujeres magrebíes son exhortadas por medios de comunicación, administraciones, grupos y colectivos sociales, partidos políticos, a emanciparse e integrar un modo de vida occidental, ante la imposible integración de los chicos magrebíes, demasiado vinculados a sus culturas de origen. Metafóricamente, estos discursos conducen a una erotización de la figura de la magrebí emancipada (Hamel, 2005). Para los hombres magrebíes, la adopción del velo por parte de la mujer es una manera de cerciorarse que “sus” mujeres los prefieren a ellos”. Durante nuestra inmersión en Roubaix, hemos tenido conocimiento de numerosas reuniones, debates públicos, etc. sobre la cuestión de la laicidad y del velo. Incluso, una marcha conmemorativa de los treinta años de la Gran marcha árabe por la igualdad, invitaba a los manifestantes a ponerse un velo contra el racismo.

desarrollo de actividades económicas en torno al diseño, la moda y las nuevas tecnologías del textil, así como del sector de servicios (cuidados y servicios a las empresas mayoritariamente) (Pryen, Rodriguez, 2006 ; Rousseau, 2010).

Las empresas privadas que se han reinstalado en la ciudad, lo han hecho gracias a la creación de zonas francas, y utilizan fundamentalmente una población técnica y socialmente cualificada para desempeñar dichos empleos (en la moda y el diseño, en las actividades ligadas a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, o incluso en el comercio...), y como tal, oriunda de otras ciudades de la metrópolis de Lille. Como el convenio para el establecimiento de una empresa en una zona franca establece un porcentaje mínimo de empleo de trabajadores locales (10%), muchas empresas asumen como gasto fijo el pago de la multa correspondiente por no alcanzar dicha cuota. Otras empresas emplean una población descualificada originaria de Roubaix, particularmente mujeres dedicadas a los empleos del sector de servicios a las personas y a las empresas – limpieza etc- que, alternando periodos de actividad, de reconversión y de paro, sufren directamente los procesos de precarización y de dispersión social y territorial del trabajo. De este modo, la tensión entre las cualificaciones disponibles en el territorio y las cualificaciones (técnicas y sociales) requeridas por las empresas, conducen a una marginación duradera de buena parte de la población en los barrios. El trabajo formal ha desaparecido de buena parte de dichos barrios: tras las fábricas cerraron los pequeños talleres. A su vez, los bajos de muchos edificios donde antes florecían los comercios, permanecen hoy tapiados o simplemente tapados con maderas. Muchos hombres jóvenes tienen que salir a trabajar fuera de la ciudad, a las fábricas de Bélgica u otras zonas industriales más o menos alejadas, por lo que disponer de un coche es determinante en las posibilidades de subsistencia de las familias.

I.2 UNA EVOLUCIÓN DE LOS CONTEXTOS MORALES QUE OCULTA Y ESTIGMATIZA

Allá donde se dirige la mirada, las chimeneas de las viejas fábricas se erigen por encima de las viejas casas obreras de dos plantas como conteniéndolas en un plano geométrico perfecto. El apogeo de la ciudad, que llegó a abrigar la bolsa del mercado mundial de la lana, se hizo en torno al textil, y también su crecimiento demográfico. El empresariado textil modeló Roubaix pero de un modo particular. En torno a las fábricas se edificaron las viviendas obreras, las viejas corralas, pero éstas fueron a menudo construidas por pequeños comerciantes que al tiempo producían una clientela cautiva para sus negocios. Es decir, contrariamente a

otras ciudades de la misma época que se desarrollaron en torno a las minas o a la siderurgia bajo esquemas algo más paternalistas, en Roubaix los empresarios cedieron a la iniciativa privada el desarrollo del núcleo habitacional. Las condiciones de vida de los obreros de Roubaix en esta época han quedado perfectamente descritas en los trabajos de Villermé o Le Play, entre otros, que ponen el acento en la degradación moral a que ha conducido la economía mercado. Enfrente, y para demostrar que la pobreza más extrema siempre encuentra una contracara en la riqueza más obscena, las grandes familias industriales, los Motte, Prouvost y sobretodo los Mulliez que más tarde se centraron en la gran distribución (Auchan, Decathlon, Pimkie, Leroy Merlin... forman parte de su emporio), hicieron venir a los mejores arquitectos y urbanistas para edificar un barrio residencial lujoso. Hoy en día este barrio residencial aún concentra la media más elevada de contribución al impuesto sobre grandes fortunas en Francia.

Estas grandes familias controlaron la alcaldía hasta 1890, cuando por fin devino socialista (Roubaix fue así la primera alcaldía en Francia en ser gobernada por un partido obrero). Para contrarrestar dicha influencia socialista, el empresariado textil y católico –buena parte de la prensa católica francesa sobrevive hoy gracias al apoyo financiero de los Mulliez-, va a desarrollar instituciones caritativas y educativas destinadas a disciplinar a las obreras y a los obreros. Es la época de penetración y desarrollo, desde Bélgica, de las distintas juntas y agrupaciones católicas de las que provienen, entre otras, la FNC (Federación Nacional Católica) y las JOC (Juventudes Obreras Cristianas). Desde la alcaldía, un socialismo municipal similar al de la periferia roja parisina va a empezar a desarrollarse, apoyándose en toda una red de organizaciones públicas y asociativas. Roubaix deviene así un lugar de peregrinaje para las delegaciones de socialistas de toda Europa, ejemplo de la resistencia a la explotación, y a la vez el lugar de la exposición universal textil organizada por el empresariado. Esta competición entre catolicismo patronal y socialismo municipal explica en gran medida la omnipresencia de los servicios sociales y el peso del asociacionismo (vinculado hoy a la denominada economía social y solidaria), así como el hecho que la ciudad haya sido lugar de una fuerte experimentación social. Por ejemplo, Roubaix abraza los primeros HBM (ancestros de los actuales HLM públicos, habitations à logement modéré⁴) y es en el mismo Roubaix de la inmediata

⁴ Se trata de la vivienda social gestionada por un organismo público que beneficia de una financiación pública directa, a través de subvenciones, o indirecta (exoneraciones fiscales etc...). En Francia, más de diez millones de personas viven en un HLM a finales de la década del 2000.

posguerra donde se dan los primeros pasos de la vivienda social patronal. Por otro lado, las grandes familias locales siempre se opusieron a la penetración de cualquier otra forma de industria en la ciudad, dejando que ésta se fuera marchitando poco a poco.

Roubaix sigue siendo hoy en día ciudad de experimentación social. Pero en un sentido muy distinto. Las políticas de reordenamiento territorial y urbano, en particular las políticas de renovación de las viviendas, persiguen fines relacionados con la seguridad pública y el control social. En alguno de los documentos que enmarcan el desarrollo de dichas políticas municipales y regionales hemos llegado a leer que los recursos de proximidad y las lógicas de reciprocidad y de solidaridad en los barrios populares constituyen un freno a la movilidad territorial y social y es preciso intervenir políticamente sobre ellos: quebrar las lógicas sociales para facilitar una distribución ordenada de los habitantes y por tanto un mejor control social. Por otro lado, en paralelo, el asociacionismo municipal que es un actor clave a escala local de las políticas sociales de nuevo cuño, que constituye uno de nuestros objetos de estudio, se guía por lógicas de reeducación de los pobres, como demostraremos más adelante. Por último, la memoria deviene hoy día un escenario de disputa política donde se reviven las antiguas relaciones de clase a partir de otros retos contemporáneos, en particular la visibilidad social y política de un grupo social marginado –el grupo de exobreros– de las decisiones políticas de las administraciones. Por ejemplo, la “Piscine”, antiguo club de natación obrero, se ha convertido hoy en un museo que glorifica la técnica industrial. Al tiempo, el barrio de la Union, uno de los más emblemáticos de la ciudad por su pasado sindical, fue completamente arrasado, y los antiguos obreros trasladados a otros barrios periféricos, para construir en su lugar un barrio ecológico para clases medias y un centro de innovación textil. Algunos grupos de antiguos obreros de las fábricas de este barrio se han construido como colectivo para, a través de la reivindicación de una memoria propia, tratar de influir en las decisiones de unos poderes públicos que no los tomaron nunca en cuenta en el proceso de reordenamiento urbano y territorial.

II. LA ECONOMÍA MORAL EN LA VIDA COTIDIANA DE LAS CLASES POPULARES

Si Roubaix había sido un bastión de la industria textil hasta los setenta, en el juego del capital transnacional globalizado, la ciudad no ha podido frenar un rápido proceso de deslocalización hacia territorios menos costosos para el capital.

Roubaix ha sido expulsada –centrifugada– hacia una posición periférica. Y es esta posición periférica en los procesos de valorización del capital la que produce una territorialidad de relegación que viene a su vez transformando lo popular contemporáneo.

Los antiguos obreros han sido fragmentados, dispersados e individualizados, limitados en su acceso al mercado de trabajo y de bienes de consumo, estigmatizados, racializados, y cualquier posibilidad de subsistencia pasa en primer término por la producción de redes de sociabilidad. Son estas redes de sociabilidad, que se apoyan en recursos territorializados de proximidad y comunitarios, las que permiten una activación económica que es también una recualificación técnica y social de las clases populares.

En los territorios de relegación no es el intercambio económico el que produce vida social, puesto que no podría haber intercambio económico sin una previa reconstitución de las redes de sociabilidad. Cuando el intercambio se muestra eficaz en las dinámicas de producción y distribución de recursos necesarios, las lógicas sociales y las solidaridades locales que lo contienen se ven entonces reforzadas (Mingione, 1998). La iniciativa privada se sostiene así –puesto que no sería posible de otro modo– en un entramado complejo de dependencias y solidaridades que determinan lo que es justo y legítimo, y lo que no lo es, y en último término es este entramado el que puede facilitar la producción de sentido de pertenencia (al barrio, a la ciudad, a la comunidad) y de identidades dignas y valorizantes.

Se puede afirmar que la relegación de Roubaix a la periferia de los circuitos de valorización del capital implica la necesidad de reconstruir lazos y redes de sociabilidad fuera de los circuitos institucionales de la economía política que estaban vinculados a las administraciones. Desde este punto de vista, estas redes, que también contienen funciones económicas básicas, se construyen una posición de centralidad, en el sentido que atraen y distribuyen recursos hacia dentro del territorio y también hacia otros territorios más o menos alejados. La relegación puede devenir entonces centralidad en la producción de circuitos alternativos, económicos, que reposan y se proyectan desde otros registros sociales. Así, Roubaix no es un enclave de una periferia urbana, Roubaix ocupa al contrario un lugar de centralidad popular que conecta a las clases populares de Roubaix con recursos y con otras poblaciones de otros territorios.

Varios objetos de estudio en el terreno de campo

Como hiciera el equipo de Lazarsfeld en Marienthal (1931), nuestra investigación busca abordar un mismo objeto (las dinámicas de composición y de recomposición subjetiva de clase) desde distintas perspectivas, y movilizando diferentes subdisciplinas de la sociología así como distintas metodologías (observación de incógnito y participante, entrevistas en profundidad, grupos de discusión, cartografía social...). Nuestra etnografía se fundamenta en la penetración sistemática de distintos sectores, distintos espacios sociales, buscando los intersticios y los sistemas de relaciones que los articulan. En la fase actual estamos centrados en dos objetos de estudio en particular. Por un lado, estamos participando en reuniones de colectivos de mujeres que se encuentran para discutir sobre sus vidas cotidianas, en el marco de talleres organizados por asalariadas de centros sociales –instituciones dependientes financieramente de los poderes públicos. Por otro lado, estamos estudiando los talleres de mecánica “a cielo abierto”, es decir a pie de calle, en uno de los barrios de la ciudad, y más generalmente las actividades sociales y económicas en torno al coche y la economía de la recuperación. En paralelo, aunque simplemente hacemos mención aquí, estamos trabajando en torno a la cuestión de la memoria con el grupo de exobreros del barrio de la Unión del que hablamos en el epígrafe precedente; sobre los servicios a las personas y a las empresas y el sector de los intermediarios y otros trabajadores y trabajadoras de la economía asociativa; y en un instituto de formación profesional.

II.1 – LOS TALLERES A « CIELO ABIERTO »

Si el empleo formal deviene cada vez más inaccesible para una parte sustancial de los habitantes de Roubaix, el trabajo no desaparece del territorio, sino que se despliega de manera más o menos formal, a partir de diversas iniciativas de la población. Este trabajo reposa sobre un saber-hacer naturalizado, se ejerce al margen del empleo y a veces también al margen de la legalidad, por lo que no es reconocido como trabajo por los actores, y permanece invisible.

Nuestra investigación demuestra que los habitantes producen actividades que movilizan recursos y saberes locales. Las actividades manuales y técnicas, como la mecánica ligada al automóvil –que concierne en particular a los hombres- son una fuente de ingresos, de formación y de actividad para las diferentes generaciones. Estas actividades se despliegan en la calle, en talleres a “cielo abierto” más o menos clandestinos.

La multiplicación de estos pequeños garajes, talleres de mecánica y concesionarios de automóviles de segunda mano, en los barrios de Roubaix, da cuenta de actividades de bricolaje, de reciclaje y recuperación, que movilizan un saber-hacer adquirido en gran parte fuera del sistema de formación escolar, en la experiencia cotidiana del territorio. En esta relación con la mecánica se dibuja así una graduación de actividades que contienen distintos significados sociales tal y como aparece en nuestro diario de campo del cual reproducimos integralmente algunas líneas a continuación:

Diario de campo⁵ 15 de junio de 2012

Ya explicamos unas líneas más arriba que esta parte central del barrio de la Fraternidad funciona como un garaje a cielo abierto. Podemos tratar de realizar el ejercicio de proponer una primera tipología de los garajes y de las actividades ligadas al automóvil identificadas en estas pocas manzanas del barrio. Esta tipología la hemos construido a partir de una gradación de la actividad que va de la informalidad a la formalidad (comprendida como normalización de la relación laboral y mercantil) y a partir también de las relaciones espacializadas que estas actividades generan en la calle, en el barrio, en la ciudad y más allá de las fronteras de la ciudad. Planteamos aquí la hipótesis de que los diferentes grados de formalización generan dinámicas sociales duraderas de naturalezas variadas que se inscriben en tensión en el espacio social y contribuyen a modelarlo. Estas dinámicas sociales están atravesadas por una multiplicidad de factores (económicos, técnicos, sociales, morales, políticos) que fragmentan el espacio social popular y producen trayectorias de vida contrastadas –atravesadas por el sistema social de “raza”-, aunque también distintas formas de politización -entendida como conciencia de los actores de la potencialidad de dichas actividades en la dinámica colectiva del barrio.

a) Bajando por la calle Jean Jaurès, a la altura de la calle Austerlitz (14h30), nos cruzamos con dos jóvenes de unos quince años enfundados en unos tejanos descoloridos y un pull de rapero con capucha, que se encuentran manipulando el motor de una pequeña moto de 49cc. ¿La están reparando? O simplemente se están familiarizando con el funcionamiento del motor? ¿O quizás la están tuneando? Ya hemos detallado en otros informes de investigación (11, 13 y 14 de junio 2012) hasta qué punto es común encontrar a jóvenes adolescentes

⁵ Los nombres del barrio, de las calles y de los sujetos con los que hemos construido esta investigación han sido evidentemente distorsionados para garantizar su anonimato.

socializar en torno a una moto o un automóvil. La intensidad de este tipo de prácticas en un espacio social dado es el reflejo a la vez de una cultura dominante, y un modo de incorporación a esta cultura por la apropiación progresiva de cualificaciones técnicas y sociales.

b) Calle Rosa Bonheur, nos encontramos con un tipo en torno a los treinta años y otro en torno a los cincuenta que se encuentran tumbados en el suelo, capot abierto, y que reparan el coche de uno de ellos (15h30). Intercambiamos algunas palabras para averiguar que son vecinos y ambos están en el paro: “Hay que ocuparse en algo”, dice uno. Y el otro insiste: “lo único que nos queda es echarnos un cable cuando se necesita, nadie de fuera va a venir a ayudarnos”. En distintas ocasiones encontraremos este tipo de configuración, es decir dos o más personas entorno a uno o incluso varios vehículos: en la esquina de la calle Timbaud con Jean Jaurès (16h y 16h15), y un poco más tarde en la calle Monge (16h50). Luca, antiguo obrero de origen italiano, de vuelta a Roubaix a casa de su madre tras quedarse en el paro y separarse de su mujer, -“ahora me ocupo en pequeñas chapuzas a domicilio”-, nos confirmará más tarde que la mecánica es un recurso económico para los habitantes (para reparar su coche o para ganar dinero), pero también una práctica que organiza la vida social de los hombres del barrio. Es decir, el sistema informal de intercambio y de solidaridad, en todo caso es una hipótesis que debemos trabajar, parece ponerse en marcha en torno a los coches en la calle. Puesto que en un contexto social en que el mercado de trabajo no conecta oferta y demanda, y las instituciones sociales son deficientes a este respecto, las oportunidades de ganarse la vida deben estructurarse de otras maneras, en torno a actividades concretas de intercambio y solidaridad. Así, el acceso a los recursos necesarios para la subsistencia sólo puede pasar por la resocialización del espacio público. Y es por supuesto en la calle, por otro lado, que los habitantes desarrollan sus cualificaciones en torno a la mecánica y la reparación de automóviles.

c) A partir de aquí nos referimos a la mecánica como actividad económica principal –más o menos formalizada- para los actores que describimos. Un primer tipo de taller que hemos identificado es el de Hakim, mecánico en la esquina de su casa y en el parking público que se sitúa justo enfrente. Hakim repara coches a medida que van pasando (lleva quince años trabajando aquí, antes trabajó en dos talleres formales como empleado, y con el tiempo se ha construido una verdadera reputación social como buen mecánico honesto y cualificado que va más allá de las fronteras del barrio). Como otras veces que lo hemos visto, algunos viandantes se paran a discutir con él, otros simplemente pasan con el coche y le piden hora o le comentan que su vehículo hace un ruido raro. Hakim se toma su tiempo en cada una de sus respuestas. Trabaja por

supuesto de forma ilegal, al “negro”, con otro chico de unos veinticinco años. Este parece sentir un cierto orgullo de trabajar con Hakim, casado y con tres hijos, marroquí de origen. Sus padres, ya mayores, viven con él, puesto que es el primogénito. [En este estadio de la investigación aún no lo sabemos pero Hakim se convertirá con el tiempo en uno de nuestros informantes claves]. En cuanto al joven, en el curso de las primeras conversaciones descubriremos que rechazó un empleo que le propusieron en Calais tras realizar una formación para volver a Roubaix “cerca de los suyos”. La actividad de Hakim y su joven aprendiz se desarrolla a la vista de todo el mundo, en particular de la policía y de la inspección del trabajo, que cierran los ojos ante estas prácticas ilegales.

d) Hemos identificado otros dos talleres, uno en un local cerrado (con puerta de hierro corredera cerca de la corrala Seberg, que atravesamos a las 15h25, más tarde sabremos que dicha puerta la instaló Luca). Y otro al final de la calle Albert Doja, que sólo repara los vehículos de personas conocidas. El barrio del Pile se diferencia de otros barrios de Roubaix por el hecho de que la mayor parte de los habitantes han accedido a la propiedad privada de las viviendas que ocupan. Así, un pequeño terreno en la parte posterior de la casa puede servir de almacén para las herramientas, del mismo modo que un pequeño local en los bajos de la vivienda puede servir como taller clandestino. De algún modo, es la estructuración de la vivienda obrera tradicional la que permite el desarrollo masivo de talleres y de otras actividades profesionales que tienen lugar en la esfera privada. Sin embargo, con la degradación progresiva de las viviendas, las medidas incitativas destinadas a luchar contra la insalubridad adquieren una naturaleza coercitiva en el marco de las políticas de renovación urbana de los últimos años.

e) Nos encontramos después con el taller de Mouloud, al final de la calle Latine paralela a la calle Jean Jaurès, a cien metros de la mezquita. Sobre el muro un graffiti indica el nombre del propietario y dos números de teléfono. El local está abierto y es legal, pero Mouloud trabaja esencialmente en la venta de piezas de recambio y de coches de segunda mano que Mouloud “recicla” en Bélgica. Nos presentamos con el coche de C. para reparar el cierre centralizado, y en un par de minutos negociamos un precio. En torno al taller de Mouloud, que trabaja con sus dos hijos, existe una actividad importante. Por aquí hemos pasado ya cuatro veces: nunca encontramos los mismos coches ni las mismas personas, pero siempre hay muchas personas y muchos coches estacionados en las aceras, mientras jóvenes de diversas edades negocian precios por el móvil. El taller de Mouloud es un lugar clave para comprender la dinámica económica que se teje en torno al automóvil en esta parte central-norte del barrio. Una dinámica que se encuentra entre la legalidad y la ilegalidad [de hecho unos meses más tarde el

taller será cerrado por orden judicial, y Mouloud pasará dos días en comisaría con sus hijos], formalidad e informalidad, y de la cual Mouloud es a la vez el punto de partida y de llegada. Por otro lado el mercado de Mouloud no se circunscribe solamente a Roubaix, sino que abarca la metrópolis de Lille, la venta nacional por internet y llega hasta Alemania, Turquía y otros países del Magreb. Pero hemos podido identificar también una dinámica social y cultural en torno al taller. Por un lado, porque muchos jóvenes vienen aquí a formarse, aprenden la mecánica y las reglas del negocio, se reconocen y se integran en la cultura del automóvil. Por otro lado porque Mouloud, vestido siempre con la jeelaba, es un personaje central de la mezquita, y más allá de la vida social del barrio. [Mouloud se convertirá también con el tiempo un informante clave de nuestra investigación]

f) Existen otros tipos de talleres independientes y formales, donde sólo trabajan blancos⁶ y jóvenes aprendices blancos que han pasado por algún instituto de formación profesional (a lo largo de todo el Boulevard de Belfort, entre Pierre de Roubaix y la calle Monge). [Con el tiempo nos iremos interesando por las relaciones entre los talleres de los blancos y de los grupos “racializados”]

e) A lo largo del canal, calle Edouard Talpin, encontramos por último los talleres vinculados a los concesionarios Renault, Peugeot, etc... gestionados por blancos

f) Cabe mencionar por último todos los establecimientos de venta de piezas de recambio, y por supuesto, los tres grandes chatarreros del barrio.

El extracto del diario de campo que precede nos permite destacar la manera en que algunos hombres de las clases populares se han visto en la obligación de construir un sector de actividades a veces al margen de la legalidad, como es el caso de la mecánica. Las funciones económicas que contienen estas actividades son determinantes en el devenir de las familias. También, el circuito económico en torno a la mecánica es el punto de llegada y de partida de otros circuitos

⁶ Utilizamos aquí una categoría analítica que conecta con un análisis en términos de relaciones de « raza ». Desde esta perspectiva, es el racismo el que construye la “raza”. Así, podemos referirnos a las relaciones entre los blancos y los grupos “racializados” como relaciones de opresión, de dominación y de explotación. No hemos encontrado sin embargo la expresión “blanco” para referirse al “otro”, por parte de los individuos de los grupos “racializados”. Las categorías indígenas se mueven más bien en la oposición magrebí-no magrebí, árabe-no-árabe, o incluso musulmán-cristiano. Para los “blancos”, los magrebí no forman parte necesariamente de las clases populares de Roubaix, son una categoría aparte.

económicos vinculados a la recuperación, al reciclaje, etc. El espacio económico de los talleres se construye en torno a una serie de reglas y normas propias que se producen y se reproducen en las prácticas de los agentes y garantizan así la permanencia y la viabilidad del sector. El encuentro entre oferta y demanda se efectúa, sobre todo en lo que respecta a los talleres a cielo abierto, a través del “boca a boca”. Los mecánicos se han venido construyendo una auténtica reputación a lo largo de los años, en cuanto a su tecnicidad y su honradez. La lógica de la reputación funciona también al interno de la profesión. La reputación es una forma de meta-creencia que se transmite socialmente y que depende de la capacidad de los agentes para plegarse a una serie de normas sociales y para tener comportamientos “socialmente deseables” (basados en la reciprocidad y la cooperación). El sector de la mecánica en Roubaix está fuertemente estructurado a partir de una jerarquía de reputaciones sociales que atraviesan lo informal y lo formal. Cuando llegamos, en una de nuestras primeras inmersiones, con nuestro propio vehículo para encontrar un mecánico, algunos habitantes nos hicieron saber qué mecánicos eran preferibles. Incluso el patrón de una macrotienda de recambios nos comentaba que según el problema mecánico del vehículo, él prefería aconsejar a sus clientes privados tal o cual mecánico, independientemente de si éste trabaja en un taller homologado o en la calle.

Una reparación cualquiera es también un momento privilegiado en el que estas normas morales y éticas entran en juego. Antes que un mecánico intervenga sobre un vehículo, otros mecánicos lo han hecho, seguramente, antes que él, sobretodo en Roubaix, donde el parque automóvil es mayoritariamente de segunda mano. Así, intervenir sobre un motor permite evaluar el modo como otros lo han hecho antes que uno mismo. Numerosos son los mecánicos que se distinguen de otros con afirmaciones del tipo: “yo hago las cosas de manera profesional”, o “yo trato de hacer mi trabajo correctamente”.

Luego está la relación entre legalidad e ilegalidad. Trabajar ilegalmente es legítimo siempre que no se traspasen algunos límites. Las piezas son a menudo traficadas, incluso hemos podido identificar un taller de fabricación de cables, por fuera de los circuitos homologados de los concesionarios, con el argumento que los cables de los concesionarios son de mala calidad. Muchas piezas se “recuperan” en coches robados más allá de la frontera.

Así que todos los actores participan, de un modo u otro, en actividades ilegales, y aquí es fundamental que la reputación social de cada cual no se resienta. Para

Hakim, es preciso que el trabajo revierta positivamente sobre el barrio, sobre su dignidad. Hakim es dueño de un discurso a la vez moral y político, un discurso que está impregnado de un profundo sentido religioso, y de una sólida reflexividad sobre su propia historia y sobre la historia del barrio y de las migraciones. Hakim encarna a su vez la lucha por el territorio, más que encarnarla, la practica: Hakim asume una forma de control de la calle Jean Jaurès, que es la calle central del barrio, saluda a los viandantes, los interpela, recoge los recados de unos para otros y está al tanto de los “negocios” posibles. De alguna manera, Hakim recrea una forma de vínculo social a través del reconocimiento de los otros hacia su actividad, se erige en personaje central del barrio. Su función social en el barrio es mucho más amplia que la que le proporciona directamente su actividad, su manera de vivir su trabajo conecta práctica profesional y práctica social de construcción de barrio. Por su parte, Mouloud, cuyo taller fue precintado por orden judicial en razón de actividades ilícitas, es uno de los financiadores esenciales de una mezquita salafista que se está construyendo a unos metros de su taller. Es habitual encontrarlo en jeelaba, hablando con unos y otros, los días de mercado o plegaria, o en el pequeño café de la esquina. Al referirse a la policía, se ofusca: “siempre he hecho lo mismo”. Parece ser que esta vez, a alguno de sus colaboradores se le fue la mano en algún asunto que no está muy claro, aunque él mantiene que el código moral (“tú me dejas hacer, yo no te meto en problemas”) no fue respetado por las instituciones y así lo hace saber a unos y otros. Mouloud se construye como víctima de un sistema que le impide revertir positivamente el fruto de su esfuerzo sobre el devenir colectivo del barrio; “No nos dejan trabajar, prefieren mantenernos hundidos en la miseria, a todos nosotros”. Durante unos meses tras el cierre, Mouloud trabajó en el taller propiedad de un amigo, en una ciudad vecina, y toda su clientela habitual no dejó de frecuentar su establecimiento. Tanto Hakim como Mouloud generan dinámicas sociales amplias en torno a sus actividades respectivas, y en sus discursos este aspecto prevalece sobre cualquier otro referido al lucro personal.

En el mismo orden de ideas, hemos descubierto que el sistema de determinación de precios funciona de una manera no completamente racional, del punto de visto de las lógicas del mercado, a partir del principio general: “todo precio es por definición negociable”. La determinación del precio forma parte de un proceso de reconocimiento mutuo, de alguna manera lo culmina. Abordaremos este punto específico en el epígrafe que sigue.

La relación con la ilegalidad no es exactamente la misma según la posición de cada cual en el sistema informal de clasificación del sector. Todos los mecánicos

que trabajan en la calle son “magrebíes”⁷, y la piel se blanquea a medida que se asciende en la jerarquía socioeconómica (que no corresponde a la jerarquía de reputaciones). Así, es recurrente escuchar términos que desvelan un racismo ordinario entre trabajadores o autónomos propietarios de talleres formales que se quejan de competencia desleal por parte de los mecánicos que trabajan “a cielo abierto”: “Roubaix ya no nos pertenece, ya no pertenece a las clases populares (sic)”. Generalmente, estos trabajadores han accedido a un nivel de formación profesional más elevado, en los institutos de formación profesional de la ciudad o de ciudades adyacentes (CAP o BTS de mecánica y electrónica) y reivindican un mayor control sobre las formas de ejercicio de la actividad.

Es preciso subrayar que el sector de la mecánica no se construye solamente, especialmente en sus estratos más bajos, a partir de lógicas inmediatamente económicas. En Roubaix la mecánica constituye un modo de intercambio sobre la base del dominio de un saber hacer técnico y manual, algo que es determinante puesto que según nos han comentado varios hombres jóvenes, la mecánica es una de las pocas actividades que les ofrecen algún tipo de perspectivas profesionales (en el sentido de convertir un aprendizaje a pie de calle en algún tipo de formación certificada). Es decir, aprender la mecánica en la calle es una forma de entrar más tarde en el mercado de trabajo formal o de “hacerse reconocer” algún tipo de cualificación tácita. La mecánica es también una oportunidad para la reactivación de redes de sociabilidad y de solidaridad que pueden ser necesarias en cualquier momento, a condición que el trabajo sobre ellas se haga de manera permanente. Las redes de solidaridad deben estar maduras para activarse frente a cualquier imprevisto, cualquier accidente. Para algunos hombres, esta actividad también supone un modo de ejercer alguna forma de control social sobre el territorio y para otros, una vía de escape del domicilio familiar. Se comprende así el modo en que el despliegue de actividades informales en torno a la mecánica define los espacios de vida, de socialización y de encuentros, de producción de nuevas cualificaciones, y cómo se afirma el proceso de construcción de identidades.

II.2 – MAQUINARIA MORAL Y ECONOMÍA MORAL: EL TRABAJO DE LAS MUJERES

⁷ Utilizamos aquí la categoría indígena que da cuenta de una división racista del trabajo que se construye desde los procesos de socialización diferencial en la familia y las escuelas en la ciudad, y se reactualiza en la forma como se constituye la relación entre formalidad e informalidad.

Nuestra participación en las reuniones de colectivos de mujeres en talleres organizados por asalariadas de los centros sociales municipales es un medio de acceder a la palabra sobre las preocupaciones de la vida cotidiana, pero también a discursos y prácticas relacionados con lógicas de solidaridad y de movilización de recursos, en el marco de una tensión muy neta entre autonomización colectiva y dependencia de estas mujeres en su relación con las administraciones locales. Se trata también de comprender el modo en que estos recursos construidos colectivamente revierten hacia afuera de los centros sociales: de una parte, el modo en que las mujeres participan en la construcción de una economía moral que se autonomiza de las lógicas del mercado; y de otra parte, la manera en que esta participación transgrede o al contrario refuerza la división sexual del trabajo y la distribución sexuada de roles al interior de las familias.

Estas mujeres participan en actividades y grupos de discusión en torno a cuestiones “femeninas” que dan un lugar central al intercambio entre “iguales”: cocina, fabricación de pequeños objetos decorativos, cómo confeccionar una lista de la compra, salud, educación, presupuesto familiar, ocio. Las estadísticas municipales las describen como mujeres paradas de larga duración o que nunca han tenido un empleo antes, cuyos maridos trabajan en el sector informal o formal pero con niveles de cualificación muy bajos, y cuyos ingresos dependen en gran medida de distintas formas de ayuda social. El hecho de que las mujeres perciban estas prestaciones sociales (el RSA⁸ en particular) las condiciona de hecho en su presencia en los centros sociales, puesto que los receptores del RSA deben manifestar buena voluntad para su inserción profesional⁹. Así, muchas de las trabajadoras sociales que organizan estas discusiones y estos talleres en los centros sociales son a la vez sus “referentes” administrativos en la gestión personalizada de los expedientes de ayuda social de cada una de ellas.

Se puede entender que la participación de estas mujeres en estos dispositivos está entonces determinada por su condición de receptoras de ayuda social. En los centros, las trabajadoras sociales suelen movilizar gramáticas que tienen que ver

⁸ Revenu de Solidarité Active: se trata de una prestación del sistema de seguridad social que reemplaza al antiguo RMI (Revenu Minimum d'Insertion) y que contrariamente a este último, impone una serie de requisitos más o menos coercitivos, más o menos intrusivos, para acceder a las ayudas sociales. Estos requisitos tienen que ver con la aceptación de un acompañamiento por parte de los beneficiarios para reintegrar prontamente el mercado de trabajo.

⁹ Uno de los organismos que gestiona el RSA a nivel local nos pidió realizar una investigación sobre las razones que empujan a muchos hombres y mujeres de Roubaix a renunciar al RSA cuando a priori es un derecho.

con la reeducación, con el acompañamiento, y de este modo participan en una forma de “paz social” del barrio a través de la culpabilización de las “víctimas”, o a través de las gramáticas habituales de capacitación o empoderamiento individual. Otras trabajadoras promueven al contrario una práctica profesional alternativa de educación popular, de promoción de los derechos de estas mujeres de clases populares, frente a las administraciones, a los médicos, a los profesores. El campo de la intervención social está así atravesado por lógicas contradictorias en la que la capacidad de las mujeres es clave para orientar el trabajo social hacia uno y otro lado.

De cualquier modo, la mayor parte de las mujeres presentes utilizan las sesiones para pasar un momento con otras mujeres y utilizan este tiempo para construir colectivamente recursos materiales y simbólicos ante la dureza de la vida cotidiana. Es justamente sobre la vida cotidiana, sobre sus dificultades inherentes en un contexto como el de Roubaix, que se organizan las discusiones, para acceder a recursos materiales (relacionados con la beneficencia o con redes alternativas comunitarias de acceso a bienes de consumo) y para identificar eventuales pistas y apoyos institucionales y profesionales. Así, las prácticas de ayuda mutua (*entraide*) y de resistencia cotidianas no se expresan como tales, sino que están naturalizadas, integradas en una forma de lucha por la subsistencia, mediadas también por una suerte de prevalencia del principio de realidad en la construcción de sus proyecciones y deseos

Aunque cualquier situación de confrontación colectiva a una norma social moralizadora o intrusiva puede ser siempre una buena oportunidad para que algunas dinámicas de subjetivación colectiva se pongan en marcha, por ejemplo, cuando las mujeres invierten simbólicamente su condición de “asistidas” para reclamar su derecho a un ingreso universal con razonamientos del tipo: “es la ley y no el ingreso la que me construye como asistida” en una discusión sobre presupuestos familiares; o cuando tratan de escapar a la violencia del discurso de las trabajadoras sociales sobre otras parentalidades posibles: a menudo simplemente les basta con relatar algunas experiencias propias de su trabajo como educadoras de sus hijos para dar cuenta de situaciones verdaderamente complejas que no pueden resolverse a partir de metodologías y protocolos que han sido contruidos desde fuera de estas situaciones y para otros fines.

Hemos podido también observar cómo en los talleres las mujeres resisten a las normas impuestas por ciertas profesionales (psicólogas, asistentes sociales), afirmando a su vez otros principios de organización. Por ejemplo, para una de ellas, la televisión no tiene necesariamente efectos “nefastos” en el “desarrollo

intelectual” de sus hijos, al contrario, para esta mujer éste puede ser el único momento de la jornada en que puede disponer de un poco de tiempo para ella. Otras mujeres manifiestan su rechazo a las asistentes sociales, y prefieren privarse de bienes materiales o de servicios a los que tendrían derecho con tal de mantener una cierta autonomía –puesto que cada vez más, los “derechos” están condicionados a una serie de requisitos que atentan contra la autonomía de las mujeres y las familias.

En su descripción de las maneras de organizar la vida cotidiana, en su intercambio permanente de saber-hacer y de trucos para obtener tal o cual prestación o tal o cual bien de consumo, en el modo como los hijos son gestionados colectivamente (a través de guardias compartidas, de intercambios de saberes, de la discusión sobre la legitimidad de tal o cual práctica...), etc., estas mujeres nos abren la puerta a toda una serie de recursos materiales y simbólicos que les proporcionan un lugar preeminente en la vida social del barrio.

Puesto que estas mujeres no viven en una situación de aislamiento social. Al contrario sus redes relacionales son densas, su lugar en dichas redes se construye precisamente a partir de un reconocimiento mutuo, que implica a otras mujeres del territorio en la apreciación y en el juicio del trabajo de cada cual, sobre sus cualificaciones y destrezas respectivas (en cocina, negociación de precios en los distintos mercados formales e informales, salud, habilidades manuales, costura, defensa de una cierta concepción de la parentalidad en las asociaciones de padres y madres de alumnos o en los consejos escolares...)

Así, el trabajo que realizan las mujeres –y podemos tomar sus actividades en los centros sociales como analizador- es un trabajo que les permite cualificarse social y simbólicamente como mujeres, hijas, esposas que gestionan la vida cotidiana y que son reconocidas por ello. Bien es cierto que esta cualificación técnica y social se construye en instancias (las instituciones públicas y la familia) donde funciona de manera eficaz el orden (y el deseo) obligatorios de género (Butler, 1999). Así la posición preeminente y la nutrida actividad social desarrollada por las mujeres es al tiempo muy frágil: un problema de salud de un familiar o una llamada al orden del marido, una expulsión de los servicios sociales, puede bastar para que una mujer se vea en la obligación de “volver al hogar”. Sin embargo, cabe afirmar que desde la perspectiva de la familia como unidad económica básica en un entorno vulnerable, la división sexual del trabajo aparece como plenamente racional para los actores; de otra parte, también es cierto que los procesos de discusión colectiva en los centros sociales pueden permitir a las mujeres imponer

su propia valorización de las actividades en las que participan. Su construcción como mujeres dentro de una forma de economía moral les da recursos pues para afrontar mejor armadas las relaciones de opresión y de dominación de clase y de “raza” en que se encuentran inmersas cuando deben afrontar cualquier tipo de gestión con las administraciones y con los servicios de beneficencia.

Las observaciones participantes de algunos de los miembros de nuestro colectivo de investigación, llevadas a cabo durante algunas actividades de los centros sociales –que se organizaron en torno a la preparación de comidas para autofinanciación de viajes, a la redistribución de comida de la que por otro lado ellas mismas son beneficiarias- permiten igualmente observar cómo las fronteras entre benevolencia (vinculada a las viejas gramáticas de la caridad pública) y trabajo son movilizadas por unas y otras. Si bien el trabajo que estas mujeres desarrollan en el marco de las actividades del centro social es una forma de trabajo gratuito para unas estructuras que son financiadas por las administraciones públicas y que garantizan una misión de servicio público, el trabajo benévolo es también un medio de acceso a algunos recursos básicos, es decir el trabajo gratuito se transforma en salario en natura por el esfuerzo desplegado. Al tiempo, estas actividades son también la ocasión de construir una posición de interlocutor privilegiado en estas instituciones, puesto que sin ellas y sin las cualificaciones desplegadas, la mayor parte de las misiones de servicio público que aseguran los centros sociales no podrían ser mantenidas con éxito.

En el extracto del diario de terreno que sigue las mujeres razonan con las trabajadoras sociales un orden de precios para algunos productos que ellas mismas han confeccionado. Es interesante aquí destacar que el valor que las cosas tienen para las mujeres no se entiende desde una perspectiva de lucro, sino que hay otras dimensiones sociales que intervienen en la determinación de un precio justo, en particular su propia reputación en el barrio.

Diario de terreno, 15 de noviembre 2013

Hoy hemos podido asistir a una discusión entre las trabajadoras sociales del centro, todas blancas, y las mujeres usuarias, todas magrebíes de origen, en la que ambos grupos trataban de fijar un precio justo para distintos objetos fabricados por las usuarias. El objetivo de la actividad es recoger dinero para financiar un viaje del centro. Karine, trabajadora social, explica la manera para fijar los precios de un modo racional: existe un precio de coste y sobre este precio hay que hacer un beneficio. En distintas ocasiones subraya que los precios no se fijan

para ellas, es decir para las mujeres del centro que han fabricado los objetos, sino ‘para hacer beneficios’. El conjunto de la discusión se estructura en torno a tres posturas. Karine, que es la que ocupa una posición de clase más elevada (por su lugar en la jerarquía del centro, por su capital económico y por su formación) trata de alzar los precios. Una segunda postura, intermedia, se articula en torno a Delphine, otra trabajadora social de origen modesto, junto a otras tres mujeres que manejan bien el francés y que han llegado a ir a la universidad. Por último, la tercera postura es aquella defendida por un grupo de mujeres que hablan un francés algo más rudimentario y que son reconocidas como negociadoras intratables en los mercados de la ciudad por las otras mujeres del grupo. Estas tratan de reducir los precios al máximo.

Los precios dados por unas y otras ilustran no sólo su respectivo capital económico y sus prácticas corrientes de consumo, sino también escalas de valores contrastadas de lo que es el precio justo de un objeto. Las mujeres que defienden un precio alto o intermedio utilizan los precios de las tiendas o de los supermercados para argumentar que « a pesar de todo », el precio que proponen no es « tan elevado ». El grupo que defiende unos precios más bajos sostiene que estos nunca pueden ser superiores a los precios practicados en los mercados de la ciudad por los comerciantes y vendedores magrebíes. Mientras Karine trata de convencer a las otras que un plato de cristal pintado lleno de galletas y chocolatinas bien puede valer 15 euros, Farida se tira de los cabellos: « *¡Esto es inaceptable, qué van a pensar las otras árabes de mí!* ». Al final los platos serán vendidos a 5, 5 euros pero sin las chocolatinas. Del mismo modo, cuando tratan de fijar el precio de alguna bisutería autoproducida, Karine vuelve a la carga: “*hoy tenéis que ponerlos en la piel de un comerciante, hay que hacer un beneficio para el viaje de los niños, hoy no hay que ser mamás. Vamos a llevar todo esto al mercado, no a las “pulgas”*”. Cuando las mujeres deciden el precio (2 euros los pares de pendientes) Karine insiste : “*¿eso es todo?*” Farida se burla de ella y le responde: “*oye, que estamos en Roubaix, no te olvides que aquí somos pobres*”. En general, es el grupo en torno a Farida el que acaba imponiendo su punto de vista. Excelente cocinera, Farida ha sabido ganarse el reconocimiento de las demás y hoy ha utilizado su posición de centralidad en el grupo para hacer valer su punto de vista. En cuanto a las trabajadoras sociales, su posición se ha visto descalificada por no ser compatible con el sistema de valores, que según las mujeres beneficiarias, reina en Roubaix.

Las entrevistas permiten también ver cómo, a través las prácticas cotidianas de acceso a los bienes alimentarios, estas mujeres deben a menudo recurrir a organizaciones formales generadoras de una fuerte relación de dependencia (asociaciones caritativas, servicios sociales...). Sin embargo, en los saber-hacer

adquiridos para navegar entre asociaciones y servicios públicos, para negociar la adquisición de recursos complementarios, las mujeres crean espacios de autonomía, en relación con dichas organizaciones e instituciones y también en relación con la esfera doméstica: puesto que son las mujeres quienes detentan los saberes necesarios para el acceso a dichos recursos (Cottureau y Mohatar Marzok, 2012). En estos procesos, entran así en juego distintos arbitrajes entre distintas esferas de pertenencia y de dependencia. La autonomía no puede así comprenderse sino de manera relacional con las distintas formas de dependencia en el seno de las distintas esferas sociales de afiliación. De este modo, los sujetos se ven en la necesidad de escoger en relación a qué y a quién es aceptable ser dependiente, y en relación a qué y a quién importa al contrario afirmar su autonomía dando lugar a una economía moral que articula solidaridades y jerarquías entre sus “pares” y en relación a las instituciones.

CONCLUSIÓN

En este artículo hemos tratado de aportar algunos elementos de reflexión sobre lo que entendemos por respuestas sociales a la crisis, apoyándonos en el concepto de economía moral. Si el juego del capital transnacionalizado expulsa a territorios, antes centrales, a la periferia de los circuitos de valorización del capital, el juego combinado del mercado y de las administraciones construye a su vez territorios marginados de relegación que vienen produciendo lo popular, del punto de vista social, económico, simbólico. Las posibilidades de subsistencia de estas clases populares pasan por la movilización de recursos disponibles en estos territorios, recursos que ya no son movilizables por el capital.

Para ello, es preciso que estos territorios recuperen otra forma de centralidad, una centralidad de tipo popular, esto es de atracción de recursos materiales y simbólicos, a través de redes de sociabilidad que se construyen en torno a prácticas de intercambio y de distribución. La expulsión del mercado autonomiza así a sectores enteros de la lógica de la economía política y del mercado, pero esta autonomización supone la producción de otras formas de dependencia social (al interior de la familia, donde la división sexual del trabajo y la distribución sexual de roles se acentúan; entre esferas sociales, en particular trabajo y vida y cotidiana, cuyas fronteras se difuminan; y por último entre la población y las administraciones públicas, donde el juego pasa por la definición de los actores de lo que se debe o puede y lo que no se debe aceptar en términos de intrusión por parte de los trabajadores sociales). La economía moral define hoy el espacio orgánico de las clases populares en estos territorios desindustrializados y

estigmatizados. En este espacio se dan hoy una serie de disputas que ponen en juego una cierta conciencia compartida de la subalternidad, aunque se trata al tiempo de un espacio social fragmentado por relaciones simbólicas de reputación social y de prestigio –que son a la vez inclusivas y excluyentes–, por relaciones de género y por relaciones de “raza”. Es preciso tratar de conceptualizar así lo popular, no sólo desde el modo como ha sido construido por las lógicas cruzadas del capital y de las administraciones, esto es en un espacio-tiempo dado del régimen de relegación que padecen las clases populares de Roubaix –y que refuerza el peso de los determinantes de clase, género y raza en su consubstancialidad y su coextensividad (Kergoat, 2012)–, sino tratar de reconstruir una sociología de las clases populares que trate de tomar en serio, a partir la potencialidad que contienen algunas prácticas innovadoras, lo que podemos nombrar a partir de la noción de “centralidad popular”, que estamos reelaborando desde el punto de vista de la sociología, de la geografía social y también desde la tradición operaista italiana. Esto es, de una parte, considerando que los procesos de construcción subjetiva se dan en las condiciones propias de unos territorios donde se juegan a la vez dinámicas cruzadas de desvalorización y de reapropiación (recualificación) material y simbólica; y considerando que, como lo señalan algunas investigaciones contemporáneas (Retière, 2003 ; Rénahy, 2010), la dimensión espacial de los recursos sociales es una de las modalidades contemporáneas de resistencias de las clases populares a la dominación. La “centralidad popular” permite pensar, al mismo tiempo, la idea de un territorio “en disputa” entre el capital, los poderes públicos y las clases populares.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. 2007. *La crisis de la ciudadanía laboral*, Barcelona, Anthropos.
- BACQUÉ M.-H. y Y. SINTOMER, 2001. «Affiliations et désaffiliations en banlieue : réflexions à partir des exemples de Saint-Denis et d’Aubervilliers », *Revue française de sociologie*, 42/2, p.217-249
- BOLTANSKI, C. y E. CHIAPELLO. 1999. *Le Nouvel esprit du capitalisme*, Paris, Gallimard.
- BRAUDEL, F. 1979. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, xve-xviii siècles*, tome 3, *Le temps du monde*, Paris, Armand Colin.
- BUTLER J. 1999. *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York, Routhledge

- CASTEL, R. 1995. *Les métamorphoses de la question sociale*, Paris, Gallimard.
- CHARBONNEL et al, 1993. «Précarité et risques d'exclusion en France, Documents du CERC, n°109
- COING H., 1966, *Rénovation urbaine et changement social*, Les Editions Ouvrières.
- COLLOVALD, A. y F. SAWICKI 1991. « Le populaire et le politique. Quelques pistes de recherche en guise d'introduction », *Politix* vol. 4, n°13, p. 7-20.
- CORNUEL, D. y B. DURIEZ. 1983. *Le mirage urbain. Histoire du logement à Roubaix*, Paris, Anthropos.
- COTTEREAU, A. y M. MARZOK 2012. *Une famille andalouse. Ethno-comptabilité d'une économie invisible*, Paris, Bouchene.
- DAVID, M. et al. (sous la dir. de). 2006. *Roubaix, 50 ans de transformations urbaines et sociales*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion.
- DE GAULEJAC V. y I. TABOADA 1994. *La lutte des places*, Paris, Desclée de Brouwer
- DEMAZIERE, D. 1995. *Le chômage de longue durée*, Paris, PUF.
- DONZELOT, J. 2005. "Une politique pour la ville", *Revue Esprit*, p. 131-157
- DUBET, F.1987. *La Galère: jeunes en survie*, Paris, Gayard
- FASSIN D. 2009. "Les économies morales revisitées", *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, EHESS, Paris, p. 1237-1260
- FOL, S. 2010. « Mobilité et ancrage dans les quartiers pauvres : les ressources de la proximité », *Regards Sociologiques* n° 40, p. 27-43.
- FOURNIER, P. et al 2008. « Étudier le travail en situation », in A-M. Arborio et al. (sous la dir. de), *Observer le travail. Histoire, ethnographie, approches combinées*, Paris, La Découverte, p. 7-21.
- GALLAND O. 1988. "Représentations du devenir et reproduction sociale : le cas des lycéens d'Elbeuf", *Sociologie du Travail*, n°3, p. 127-158
- HAMEL C. 2005. « De la racialisation du sexisme au sexisme identitaire », *Migrations et Sociétés*, vol. 17, n. 99-100 : 91-104
- KAUFFMAN, J. C.. 1995. « Les cadres sociaux du sentiment de solitude », *Sciences Sociales et Santé* , vol.13, n°1,

- KERGOAT, D. 2012, *Se battre, disent-elles*, Paris, La dispute, coll. Le genre du monde
- LANZARINI, C. 2000. *Survivre dans le monde sous-prolétaire*, Paris, PUF.
- LE PAPE M.-C., 2009. *La famille à l'épreuve des risques. Logiques éducatives et stratification sociale*. Thèse pour le doctorat de sociologie. IEP Paris.
- LEDRU, R. 1966, *Sociologie du chômage*. Paris, PUF
- LEFEBVRE, H. 1974. *La Production de l'espace*, Paris, Anthropos.
- LEFEBVRE, R. 2003. « Le socialisme municipal à Roubaix. Interventionnisme municipal et communalisation de la solidarité », dans P. Guillaume (sous la dir. de), *Les solidarités. Du terroir à l'État*, Bordeaux, Editions de la MSH d'Aquitaine.
- MARX, K. 1971. *Grundrisse*, Londres, Mac Millan Press.
- MINGIONE, E. 1998. Fragmentation et exclusion : la question sociale dans la phase actuelle de la transition des villes dans les sociétés industrielles, *Sociologie et Sociétés*, vol. 30 n.1 : 69-83
- MIOT, Y. 2012. *La ville qui dure: de la ville industrielle à la ville postindustrielle*, Tesis de Doctorado en Geografía, Universidad de Lille1, Villeneuve d'Ascq
- MUCHIELLI, L. 2001. Monoparentalité, divorce et délinquance juvénile : une liaison empiriquement contestable, *Déviance et société*, , 2, pp. 209-228.
- NEOCOSMOS M. 2012. Are Those-Who-Do-Not-Count Capable of Reason? Thinking Political Subjectivity in the (Neo)Colonial World and the Limits of History, *Journal of Asian and African Studies*, 47: 530-558
- NOIRIEL, G. 1992 (1988). *Le Creuset français. Histoire de l'immigration (xix^e – xxe siècle)*, Paris, Seuil.
- PAUGAM, S. 1991. *La disqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté*, Paris, PUF.
- PRYEN, S. y J. RODRIGUEZ. 2006. «Au carrefour de la culture et du social. Une interrogation sur les enjeux de l'action culturelle roubaisienne », in M. David ; B. Duriez ; R. Lefebvre ; G. Voix (dir.), *Roubaix. 50 ans de transformations urbaines et de mutations sociales*, Presses universitaires du Septentrion, p. 255-274.

- RENAHY N. 2010, « Classes populaires et capital d'autochtonie. Genèse et usages d'une notion », Regards Sociologiques, n° 40, p. 9-26
- RETIERE, J. N. 2003. « Autour de l'autochtonie. Réflexions sur la notion de capital social populaire », Politix, n°63, p. 121-143.
- ROUSSEAU, M. 2010. « Gouverner la gentrification. Différentiel de loyer et coalitions de croissance dans la ville en déclin », Métropoles, 7, p. 57-72.
- SCHNAPPER, D. 1981, L'épreuve du chômage, Paris, Gallimard.
- SCHWARTZ, O. 2011. « Peut-on parler des classes populaires ? », La vie des idées.fr, 13 septembre.
- SCOTT J. 1990, Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts, New Haven, Yale University Press.
- SIMÉANT J. 2010. « Économie morale » et protestation - détours africains », Genèses /4 n° 81, p. 142-160.
- SVAMPA, M. 2008. Cambio de época. Movimientos sociales y poder político, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- THOMPSON, E.P. 1963. The Making of the English Working Class, London, Vintage Books.
- VERFAILLIE, B. 1996. Roubaix, chants de briques, paroles d'hommes, Paris, éditions Desclée de Brouwer.
- WILLIAMS, R. 2009. Culture et matérialisme. Paris. Les Prairies ordinaires
- WILLIS, P. 2011. L'école des ouvriers. Comment les enfants d'ouvriers obtiennent des boulots d'ouvriers, Paris, Agone.

Recibido: 25 de septiembre de 2013

Aceptado: 2 de noviembre de 2013

Colectivo Rosa Bonheur está integrado por Anne Bory, José Calderón, Valérie Cohen, Blandine Mortain, Séverin Muller, Juliette Verdière y Cécile Vignal, profesoras de sociología de la Universidad de Lille 1 y miembros del laboratorio de investigación CLERSE asociado al CNRS.